

do y feliz? No es posible. La humanidad, á pesar de sus errores y de sus vicios, suele mostrarse digna de su Criador.

## VI

Es muy fácil observar en el hombre una marcada predilección y un singular cariño hacia los lugares en que se han verificado los acontecimientos más notables de su vida. Parece que la memoria, conociendo su fragilidad, busca el auxilio de la materia. La perpetuidad del recuerdo no se consigue confiándolo únicamente á una facultad moral, es necesario hacerlo accesible á los sentidos. La casa en que se ha nacido, el lugar en que se han visto correr los felices años de la infancia, ó las doradas ilusiones de la juventud, el sitio en que han muerto nuestros padres, aquel en que el amor, la religión y la sociedad tienden ese lazo indisoluble que hace uno solo de dos seres; hasta el árbol, á cuya benéfica sombra se ha descansado de una larga peregrinación, ó se

han pasado algunas horas dichosas, están identificados con la historia del hombre y ejercen una gran influencia sobre su corazón. Por esta inclinación natural se explica y comprende el sentimiento de la patria.

Como se ha visto, el Dr. Campos pasó sus primeros años en el hospital de San Juan de Dios. Allí inició y concluyó dignamente su carrera; allí había aprendido y enseñado; allí templó su corazón al fuego del padecimiento y del dolor; allí fueron á sorprenderle sus primeras impresiones de amor; allí pensó en la familia, en la patria, en la humanidad, en la gloria; y necesariamente abrigaba por aquel lugar sentimientos de adhesión, de simpatía y gratitud. El hospital estaba identificado con su vida, y no se explicaba ésta sin aquel. Fué siempre el médico del establecimiento, cuyo empleo desempeñaba por satisfacción y no por un sueldo que constantemente fué tan mezquino, que no puede considerarse ni como mediana compensación de los importantes servicios que prestaba. Cuando después del año de 1833 se volvió á desarrollar en esta capital la epidemia del cólera, ú otras no ménos penosas, el Dr. Cam-

pos, con la serenidad y abnegación que le eran habituales, prestó con eficacia los mejores y más desinteresados servicios. Cuando la guerra civil, escogiendo esta ciudad con demasiada frecuencia para teatro de sus sangrientas escenas, marcaba sus huellas en innumerables ciudadanos que, llenos de salud y de vida, recibían heridas más ó menos graves, privando al trabajo de brazos robustos, á la familia de miembros queridos, y al país de personas honradas, útiles y laboriosas, entonces el hospital presentaba un cuadro triste y desolador, y el Dr. Campos, haciendo esfuerzos admirables prodigaba sus auxilios científicos y humanitarios, sin que el número de las víctimas le alarmase, ni las manifestaciones del dolor conturbasen su ánimo sereno y apacible. Pasaba las horas, y los días, y las noches, en esa ocupación incesante del hombre que pretende conservar la existencia á los desgraciados que la habían expuesto, tal vez sin causa justificada. Ante los hombres que se matan, la personificación de la ciencia que salva. Para neutralizar el efecto de la bala, la hábil mano del cirujano diligente y entendido. ¡Tierno

espectáculo que presenta á la humanidad bajo fases contradictorias, revelando los distintos sentimientos que la animan!....

El Dr. Campos empleaba frecuentemente todos sus instrumentos en el servicio del hospital, que, por lo común, ha carecido de ellos. A los enfermos de éste los atendía con tanta eficacia como á los que por su posición social, podían ofrecer grandes recompensas. La aspiración permanente del Dr. Campos era el adelanto y la mejora del hospital. Lo que no hubiera hecho por sí mismo, ni tal vez por sus hijos, lo hacía por aquel respetable asilo de la humanidad doliente: pedir. Si alguna persona al hacer su disposición testamentaria le consultaba el modo de ejercer la piedad, destinando alguna cantidad de sus bienes para tal objeto, indicaba el hospital, persuadiéndola de que así ejercería propiamente la caridad, que es la base fundamental del verdadero cristianismo. Merced á estos esfuerzos constantes, y como resultado exclusivo de ellos, se reedificó la sala de San Rafael, que es una de las mejores del edificio; se construyó un algebe de grandes dimensiones, para que pudiera satisfacer la necesidad que ha-

bía de él; se estableció un departamento para los dementes, que fueron exhumados del antiguo y arruinado hospital de San Lázaro, en donde puede decirse que estaban enterrados en vida, sin auxilio alguno en su desgracia; y se hicieron, en fin, otras mejoras que no es preciso enumerar, porque á todos consta que el hospital ha existido, se ha conservado y mejorado en su parte material y moral, por el cuidadoso empeño con que lo procuró el Dr. Campos. Todavía en sus últimos días, haciendo recomendaciones de aquel establecimiento, como las hacía de su esposa y de sus hijos, indicaba sus deseos porque se fundara una sala de maternidad para evitar las desgracias ocasionadas por la ignorancia; porque se dividiese el servicio médico, atendiendo un facultativo el departamento de hombres y otro el de mujeres, y porque se hicieran otras modificaciones, que deben tenerse presentes para realizarlas, pues han sido aconsejadas por la buena intención, la aptitud, y sobre todo, por la experiencia. En esos mismos últimos y tristes días, cuando el Dr. Campos rodeado de su familia, de sus discípulos y de sus amigos íntimos, oía

la campana del hospital anunciando la visita del médico, se conmovía profundamente porque se le despertaban en su alma todos los recuerdos de su vida. El tañido de esa campana era la voz de los desgraciados que iban á quedar huérfanos, y quería hacerse oír en esas sensibles conferencias de eterna despedida.

## VII

Quien como el Dr. Campos ejercía la medicina por amor á la humanidad, debía ser, como lo era él, amigo leal del pueblo y partidario de las instituciones democráticas. Tenía patriotismo, y para la nación en que había nacido, quería completa libertad y positivo progreso. Rechazaba con energía todo principio político y toda aspiración de partido que tendiesen á sostener los fueros, los privilegios y otras distinciones odiosas, que tanto han perjudicado á las naciones en el orden político, social y económico. Había experimentado que el dolor

hace iguales á los hombres; y ante los padecimientos humanos, que no exceptúan á nadie, aprendió que el dogma de la fraternidad universal debe ser la aspiración natural de todos los hombres y de todos los pueblos. Entre los varios médicos que durante la existencia del Dr. Campos vinieron á esta ciudad y que lo trataron con el aprecio y consideraciones que merecían su talento y su carácter, se distinguió el Dr. Perrini, que unía á los más adelantados conocimientos de su profesión, los principios políticos más liberales; y Perrini, uno de los primeros hombres que iniciaron y propagaron en el país las ideas que, algunos años después, se elevaron á la categoría de leyes fundamentales, primero en la península y después en la nación, acabó de formar la conciencia política de Campos, á la que éste jamás fué infiel. Por lo contrario, en la esfera de su posibilidad, difundía y explicaba esas nuevas ideas; y cuando peregrinaban ó cuando la patria se veía amagada ó desgraciadamente invadida, redoblaba sus esfuerzos y se convertía en activo propagandista de los deberes patrióticos.

El Dr. Campos, aunque siempre fué dis-

tingido y honrado por los que estaban al frente de los destinos públicos; aunque muchas veces sus relevantes cualidades hicieron que se fijaran en él para desempeñar algún empleo ó cargo político, nunca aceptó por el temor de distraerse del ministerio que ejercía sobre la tierra. Generalmente gozaba de grande y merecida influencia, que no aprovechaba en su beneficio, sino en el de amigos suyos ó de personas útiles que se encontraban en la desgracia. Nadie le pidió inútilmente un favor: ó lo hacía ó procuraba hacerlo; y muchos recordarán la tenacidad, así debe llamarse, con que procedía cuando se trataba de prestar servicios de esta naturaleza, porque no descansaba hasta obtener un resultado satisfactorio. Amigo apasionado y consecuente, el Dr. Campos era también padre tierno y amoroso: sabía conciliar el cariño con el deber, el trabajo con la virtud; y secundado eficazmente por la respetable compañera con quien compartió las vicisitudes de la vida, su casa era el digno santuario de la ciencia, de la laboriosidad, del honor y de la felicidad doméstica. En su trato íntimo el Dr. Campos era franco y comunicativo, su con-

Versación era agradable é instructiva, y, como de hombre de mundo, versaba siempre sobre asuntos propios de la edad é inclinaciones de las personas que le escuchaban. Gustaba de la sociedad de sus amigos con quienes pasaba alegres ratos de cordialidad y expansión.

### VIII

El ejercicio de una profesión como la de la medicina y cirugía influye en la salud de los que se consagran á ella. Las fuertes emociones que experimentan, la preocupación constante en que viven los que están llamados á decidir sobre la vida ó la muerte; las agitaciones del cirujano, las influencias dolorosas que ejercen sobre su ánimo los padecimientos del hombre; el temor de que un desvío de la mano al ejecutar una operación peligrosa, ocasione una desgracia irreparable, todas estas circunstancias dominan al fin la organización más robusta, y el ánimo decae, y la vida es mucho más cor-

ta de lo que hubiera sido consagrada á ejercicios menos penosos. El Dr. Campos que desde los primeros años empezó á ejercer su profesión, que era tan preocupado y sensible como se ha visto; que se afectaba además con la enseñanza, tenía que sufrir las consecuencias de su ejemplar conducta: tenía que ser víctima de la ciencia.

El año de 1843 tuvo lugar la invasión mexicana que fué combatida por los valientes y decididos hijo de la península, en muchos y sangrientos hechos de armas; y los trabajos extraordinarios que impuso esa situación al Dr. Campos, le produjeron un fuerte ataque de reumatismo agudo, que unido á las otras causas indicadas, le causaron un mal orgánico del corazón. En 1865 empezó á sentir los síntomas de esa terrible enfermedad; pero á nadie, ni aun á sus compañeros más íntimos y queridos, quiso comunicar sus padecimientos, y en medio de éstos recomendaba á su esposa el mayor silencio, asegurándole, para tranquilizarla, que el mal era simplemente una afección nerviosa. Esta reserva se explica por el temor natural de que su diagnóstico, que empezaba á inquietarlo, fuera confirmado por otros fa-

cultativos. Quería forjarse ilusiones sobre su estado, se suponía preocupado, y dudaba de su opinión, prefiriendo permanecer en esta situación incierta, á conocer definitivamente la funesta realidad. El hombre generalmente pretende aplazar su sentencia de muerte, y la esperanza, ese consuelo perenne de las desgracias, distrae su imaginación y lo alienta hasta llegar al término de la existencia. A fines de 1873 la enfermedad del Dr. Campos había avanzado y no podía engañarse él sobre su progreso, ni sus compañeros dejar de conocer los síntomas que la caracterizaban. Entonces el paciente resignado, se consagró á estudiarse, y tenía largas conferencias científicas sobre su mal. Ya que presentía su muerte, deseaba que se observase lo que la causaba, y que estas observaciones sirvieran, en lo sucesivo, para casos semejantes. Más todavía: como un ejemplo de incomparable abnegación, el que había sacrificado su vida en aras de la ciencia, le hacía el legado de su cadáver.

El enfermo era objeto de una asistencia esmerada y cariñosa: la familia, que presentía la orfandad, hacía toda clase de esfuerzos para conservar aquella vida, que le

era tan cara. Los médicos, sin excepción, lo atendían y visitaban con frecuencia. Sus discípulos no lo abandonaban, y especialmente los Dres. Blengio y Ferrer, al pie de su cama, con una consagración filial, demostraron cuán fecundos son los sentimientos del respeto, del cariño y de la gratitud. Todo fué en vano. Había llegado la hora de la muerte y ésta es inexorable. El 26 de Marzo de 1874, á las doce de la noche, después de una agonía intermitente, el enfermo se durmió tranquilamente y despertó en la eternidad. D. Manuel Campos había dejado de existir. Aunque la desgracia era esperada, causó sensación general y fué motivo de duelo público. El H. Ayuntamiento de esta capital, en donde el Dr. Campos había ejercido su profesión, tomó parte en el sentimiento, y nombró una comisión de su seno para que lo representase en los funerales, que se celebraron con la mayor solemnidad, habiendo asistido á ellos un numerosísimo concurso compuesto de personas de todas las condiciones sociales, especialmente de los hijos del pueblo, que lloraban la pérdida de su benefactor. Los discípulos tuvieron la triste satisfacción de llevar en

sus brazos el cadáver del maestro, hasta el cementerio general, en donde el Lic. Anastasio Arana, nombrado también por el cuerpo municipal, el Dr. Blengio y el Dr. Duret, pronunciaron esas tiernas alocuciones que inspira el corazón, que generalmente acompañan las lágrimas, y que resumen el adios eterno con que se cierra para siempre la tumba de una persona querida.

### IX

Nunca con más propiedad que ante el sepulcro del Dr. Campos, podía decirse que allí en donde acaba el hombre empieza la inmortalidad, porque la opinión pública unánimemente indicaba la necesidad de tributar merecidos honores á su esclarecida memoria. El H. Ayuntamiento se apresuró á satisfacerla, y en la sesión del 26 de Abril de 1874 acordó señalar una pensión vitalicia á la señora viuda, á la cual así como á sus hijos no dejó el Dr. Campos, más herencia que la de su nombre, que es bas-

tante para envanecerlos, porque es una herencia de honor y de virtud. También acordó colocar el retrato del doctor en la sala de administración del hospital municipal, y erigir en el mismo lugar un monumento á su memoria. La H. Legislatura del Estado, comprendiendo el deber y la utilidad de honrar su memoria, expidió el 8 de Octubre del año pasado, un decreto cuyos dos artículos dicen: "1.º Se declara benemérito del Estado al C. Dr. Manuel Campos: 2.º El Ejecutivo dispondrá que sea erigido un monumento en el centro de la plazuela de San Juan de Dios, que recuerde los servicios del finado doctor en favor de la humanidad, debiéndose costear los gastos, por mitad, por las rentas del Estado y del Municipio."

### X

Muy significativo y muy consolador tiene que ser el conocimiento de que empiezan á ser immortalizados en nuestro país los hombres que se consagran al cultivo de las cien-

cias para ser útiles á sus semejantes. Ya que no adquieren una fortuna, que sepan á lo menos que detrás de ellos no están la indiferencia ó el olvido: que los aliente la esperanza de que lá muerte no borra el verdadero mérito, por modesto que haya sido. El pueblo que por medio de sus representantes perpetúa la memoria de sus más dignos hijos, se honra á sí mismo y cumple con un deber de justicia y de gratitud. Además, estimula á los que viven, enseñándoles que la gloria coloca sus inmarcesibles laureles sobre el sepulcro de los que lo han merecido. Un siglo que con razón se llama ilustrado, no podía reservar el monumento para los héroes. Elévense en buena hora con todo el lujo de la vanidad humana, á los que por medio de la guerra han sacrificado innumerables víctimas para conquistar una celebridad más ó menos justa, aunque siempre muy cara; pero elévense también, con todo el encanto de la modestia, á los que por medio de la ciencia y de la abnegación han prodigado la salud y felicidad. Lamartine ha dicho: *La humanidad actual no se equivoca ya. La libertad, la patria, la inmortalidad misma no aceptan por su rescate una*

*sola gota de sangre que caiga del hierro homicida. A tal precio sería muy cara la libertad de todo el linaje humano.* Sin embargo, se immortalizan los hechos del guerrero, existe el apoteosis para esos genios destructores que presiden los combates, tremendos duelos de la humanidad apasionada, para la cual no han vuelto todavía los Anfictiones. Los partidarios de la fraternidad universal formemos con nuestras tendencias contraste con éstas de que se enorgullecen aún los pueblos modernos. Demos á conocer la vida de los sabios y de los bienhechores, para presentar ejemplos á la juventud que debe reemplazarnos. La biografía de un hombre virtuoso es el mejor libro de enseñanza, Levantemos monumentos sin que tengan mezcla de sangre, de lágrimas y de dolores. El del Dr. Campos será uno de éstos: un monumento sin sombras. Nadie lo apostrofará con recriminaciones justas y dolorosas; pues los sentimientos que inspira, son los dulces y tiernos del más profundo reconocimiento.

Al concluir este trabajo, voluntariamente emprendido, sin presunción alguna, no abrigo temor á la censura, porque me creo

escudado con el nombre venerable del hombre á quien recuerda. La convicción de mi insuficiencia me habría detenido, si antes de empezarlo no me hubiese animado este atrevido pensamiento de Milton: *No hay poder en el cielo, ni sobre la tierra, que pueda impedirme contemplar, con respeto y con ternura, á aquellos que llegan á la cima de la dignidad, del carácter, de la inteligencia y de la virtud.*



## INICIATIVA

de reformas y modificaciones al

CODIGO CIVIL DEL DISTRITO FEDERAL

Y TERRITORIO

DE LA BAJA CALIFORNIA

Entre las que principalmente figura

la de la libre testamentación.